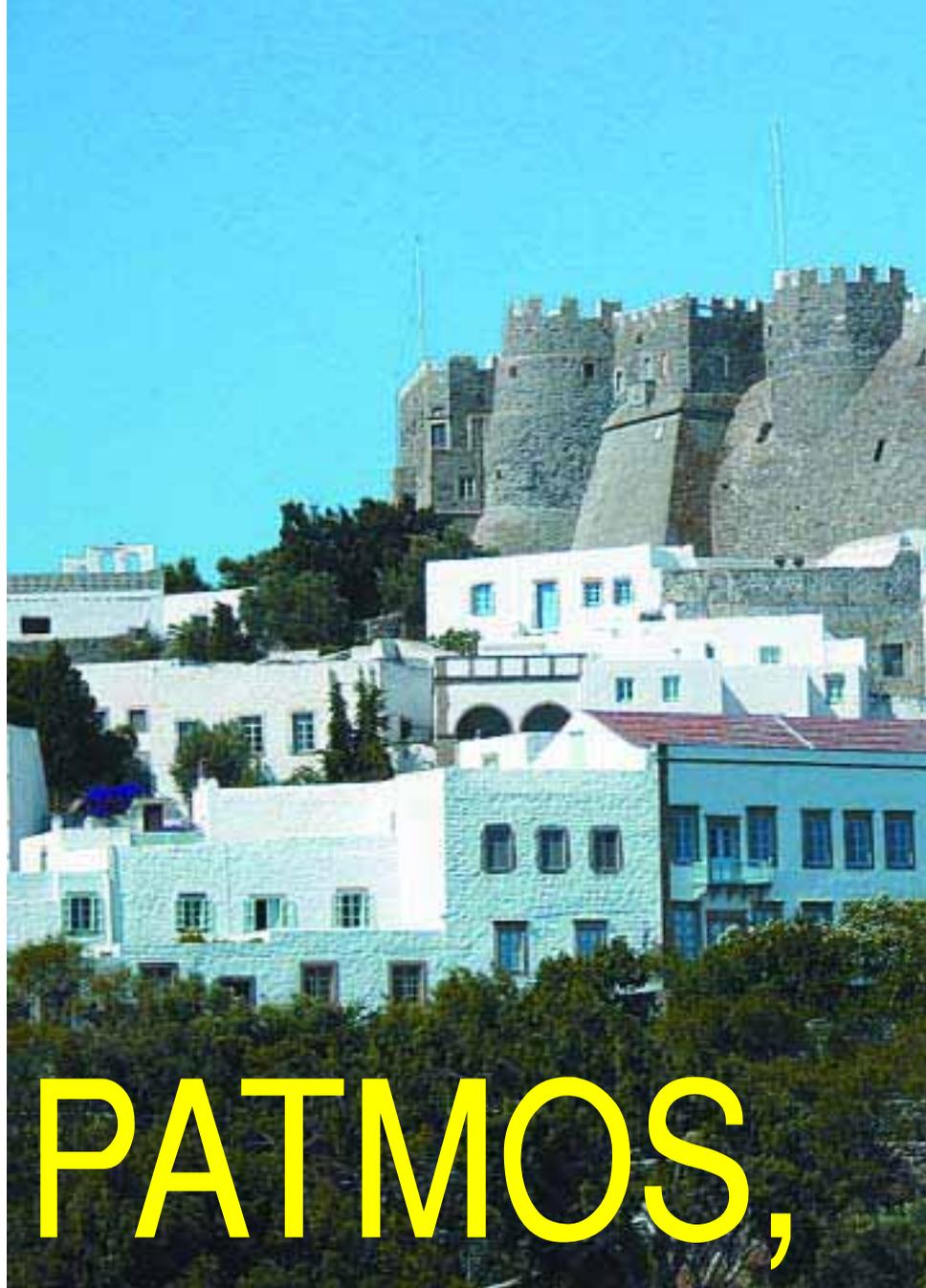


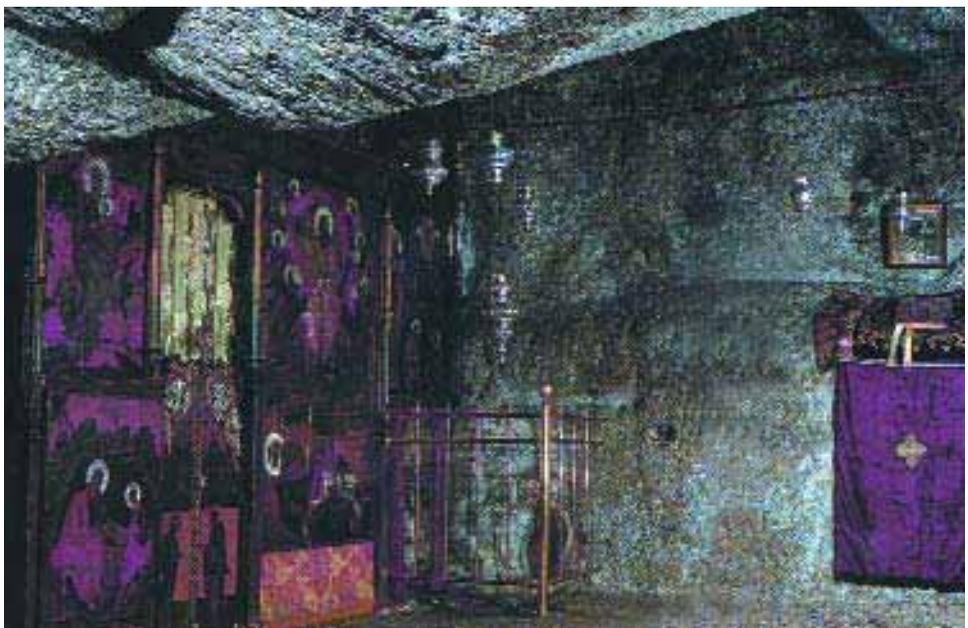
El azul cobalto del Egeo brilla bajo la cálida luz del sol de otoño. Es una espléndida mañana, y el crucero atraca en Platka, el puerto de Patmos. Estamos en una pequeña isla volcánica del Dodecaneso, en las costas de Asia Menor, al sur de Samos y al occidente de Mileto. Además de su excepcional belleza natural, esta isla griega atrae en especial al mundo cristiano porque, según la tradición (apoyada en datos históricos), durante la dominación romana Patmos formó parte de la ruta del apóstol San Juan, quien vivió allí exiliado hacia el año 95 de nuestra era.

Camino arriba, ya entre Platka y Patmos Jora, nuestra excursión nos lleva hasta la Gruta del Apocalipsis, donde se dice que este último texto del Evangelio de San Juan le fue dictado por Dios a través de una hendedura en la roca. El guía nos muestra que la hendedura termina en tres grietas “formadas por las vibraciones de la atronadora voz del Señor”, y nos explica que ahí está el origen de la especial devoción que sienten los ortodoxos por la Santísima Trinidad. Recordamos el texto en el comienzo del Apocalipsis: “Yo Juan, hermano vuestro, y participante con vosotros en la tribulación, y en el mismo reino y la paciencia de Jesucristo, me encontraba en la isla llamada Patmos para proclamar el mensaje de Dios y dar testimonio de Jesús...”

La mayor parte de la vida de la isla transcurre en Skala, con sus casas blancas con patios repletos de flores. El otro pueblo, Patmos Jora, es la ciudad antigua y en ella es como si el tiempo no hubiera pasado. Visitamos su bella plaza y andamos por las viejas y maravillosas callejuelas. En 1088 el emperador Alexis Comnenus dictó una bula de oro, que aún se conserva, y en base a ella San Cristóbal fundó el monasterio fortaleza de San Juan Teólogo. Hasta allí subimos, y nos encontramos frente a una gran mole bizantina de color oscuro, rodeada por una muralla almenada. En el interior hay una nave central y cinco capillas, con brillantes íconos dorados. Pero lo que más destaca es la biblioteca museo donde, entre unos 16.000 documentos, se conservan 33 páginas del Evangelio más antiguo conocido de San Marcos (el resto está repartido entre los museos del Vaticano y el



PATMOS, UNA PERLA EN EL EGEO





Británico de Londres). Las vistas y la panorámica desde el monasterio son realmente impresionantes.

Bajamos de regreso hacia Platka. Nos acaricia el “melmeti”, el fresco aire del Egeo. En medio del profundo azul cobalto nos espera nuestro crucero, ahora acompañado de *feries*, catamaranes y alíscafos que han ido llegando y que comunican Patmos con Pireo y con las islas de Samos, Rodas y Kos, en todas las que hay aeropuertos internacionales. Hemos hecho un viaje mágico por el espacio y el tiempo, un viaje de colores y de comunicación con la poesía. Las olas rompen en las rocas, la media luz de las iglesias opaca los cegadores rayos del sol, el blanco níveo de las casas contrasta con los colores calientes de la tierra. En Patmos, llamada a menudo “la Jerusalén del Egeo”, se mezcla lo trascendental con lo terreno, y una peregrinación a un lugar venerado por la cristiandad puede combinarse con unas vacaciones tranquilas, en cuyo aire resuenan, junto a la música típica del Dodecaneso, los himnos bizantinos y el melodioso sonido de las campanas del Monasterio de San Juan. ●

Alberto Rumschisky

